

bárbaras de la Nueva España á fuerza de prodigios y milagros que operó Dios en favor de las armas españolas, y agradecidos nuestros católicos monarcas cooperaban por su parte á su conquista espiritual, y no cesaban de contribuir enviando misioneros celosos, que con su buen ejemplo y sana doctrina procuraban instruir las y edificarlas. Plantada la fe por medio tan oportuno, y sembrada la palabra evangélica en México, reino de Michoacan y otros parajes del reino de Jalisco, quedaban enamorados de ella aquellas almas dóciles y se rendian gustosas á sus bellas máximas: crecia de dia en dia en sus corazones el amor á la virtud y el aborrecimiento á los vicios; con todo eso, faltaban aún muchas espinas que sacar de aquel terreno inculto; habia echado en él profundísimas raíces la idolatría; el demonio, rabioso de verse arrancar tantas almas sujetas á su tiránico yugo, suscitaba muchas contradicciones é infinitos embarazos de parte de los Caciques, y más de las indias ancianas, que tienen tanto ascendiente sobre esta gente, para impedir los progresos del Evangelio; mas proveyó á todo el Autor de todo bien, entregando á su propia Madre el cuidado del remedio. Por especial disposicion de María Santísima mereció la Nueva España poseer aquel precioso depósito de su milagrosa y soberana imágen, que se venera en su

magnífico templo, á distancia de una legua de México, en la falda del cerro de Tepeyacac, cuyo milagroso suceso aconteció por el mes de Diciembre del año de 1531, siendo presidente de esta real Audiencia el ilustrísimo señor D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, y siendo primer obispo de esta Diócesis el ilustrísimo señor D. Fr. Juan de Zumárraga. Pasaba por la montaña un sábado 3 de Diciembre un indio llamado Juan Diego, natural del pueblo de Quauhtitlan, distante de este puesto como cinco leguas, el cual habia cuatro ó cinco años que se habia convertido de la gentilidad y recibido el santo bautismo, como tan arreglado á la buena enseñanza de los religiosos franciscanos á oír misa en su iglesia de Tlaltelolco y asistir á la doctrina; y al llegar por la falda de un cerro que mira al Poniente más abajo del de Tepeyacac, que llaman en idioma mexicano Quautlalapan, y por corrupcion hoy por hoy Guadalupe, oyó una música toda celestial y tan armoniosa, que sorprendido suspendió el paso, y mirando hácia lo alto, vió en la cumbre de aquel monte entre nubes clarísimas á María Santísima, quien llamándole por su nombre le intimó sus órdenes y le envió al obispo de su parte para que diera forma de que se le frabricase en aquel sitio un templo, que así era su voluntad. Confortado este venturoso indio con las



promesas que le hizo la Reina de los cielos, que sería piadosa para con él y los que la buscasen para sus necesidades, obedeció al punto y incontinenti siguió su camino para México. Presentóse al señor obispo (que según la más probable opinión tenía su palacio donde está el Hospital del Amor de Dios): oyólo el príncipe con admiración, y despreció embajada tan extraña, llevado de los principios regulares de la prudencia, que prohíbe partirse de ligero en punto de revelaciones y apariciones, y más cuando el que le habla podía serle sospechoso por el comun vicio de la mentira, y la inclinación á hechicerías que se les achaca regularmente á los indios; y así no dió más razón que despedir al indio sin respuesta. Fuese Juan Diego al cerro y halló á la Señora en el mismo puesto: no pudo ménos que significarle, derramando muchas lágrimas, lo disgustado que se hallaba por el mal despacho del señor obispo. No, Señora, no, dijo humilde y rendido, ya ves que soy un pobre macehual (que quiere decir plebeyo), qué caso han de hacer de mi estos señores grandes; mejor será que te valgas de ellos; ya los has visto cómo á mis palabras el Hue-theopixqui (esto es, al gran sacerdote, que así llaman al obispo en su idioma), no dá crédito á mis palabras; envía otro á quien dé crédito y de quien haga más caso. Respondióle la Santísima Señora

con semblante amoroso: Aunque tengo tantos de quien me pudiera valer, solo fio á tu cuidado el logro de mi voluntad. Quiero que vuelvas á ver al obispo: dile que yo soy quien te envía, y cómo te mando volver con el mismo recado: vé y haz lo que te mando, seguro que te continuaré yo mis favores. Otorgó luego con la misma sumisión y prontitud Juan Diego, y al día siguiente volvió al palacio: negoció con gran trabajo la entrada, y consiguió de nuevo verse con el príncipe, y bañado en lágrimas, le representó con las más vivas expresiones que la Virgen lo enviaba, y le afirmó que así era su voluntad soberana. La respuesta fué que no se le podía creer sobre su palabra, y que hiciera por traer alguna señal por donde conociese ser la Madre de Dios quien lo enviaba, y la que pedía se hiciese el templo que se decía. No esperó más razones el indio, y se fué. El prudente prelado, considerando por una parte la pusilanimidad de los indios, y por la otra la satisfacción y seguridad con que le había hablado Juan Diego, le había oído con más atención y se inclinaba á que podía ser verdad lo que le decía; y así, para más certificarse, envió en seguimiento de éste dos personas de satisfacción para que viesen con quién hablaba; pero luego que llegó al puente por donde se pasaba el río se les desapareció de los ojos á los que le



seguian. Habiendo llegado á la cumbre del cerrillo donde esperaba ya la Señora con la respuesta, le dijo cómo el obispo pedia señas, por no ser bastante su simple relacion, para tomar resolucion en negocio tan grave. Despidióla la Señora, ordenándole volviere el dia siguiente para llevar las señas que se le habian pedido. Pasó el dia siguiente, once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecucion lo que la Señora le habia mandado, porque regresado á su ranchito, tuvo el dolor de ver á su tio Juan Bernardino gravísimamente enfermo; llegó el mártes doce, en que le fué preciso el ir á Santiago Tlaltelolco por un confesor para su tio, y al pasar por el cerrillo, temiendo no le reprendiese la Divina Señora por no haber vuelto el dia ántes como le habia mandado, juzgando por su candidez que se le podia ocultar, quiso tomar otra vereda; pero al pasar por donde está una fuente cilla que se llama el Pozito de Nuestra Señora de Guadalupe, y es de agua algo aluminosa, le salió al encuentro María Santísima: echóse confuso á sus benignas plantas, y admitida la razonable disculpa que dió de su tardanza, le aseguró la salud de su tio, ordenándole subiese á la cumbre del cerro Quahuatlapán, y que cortase cuantas rosas hallase y las trajese á su presencia. Obedeció el indio; pero cuál fué su admiracion

al ver aquel cerro coronado de flores y rosas frescas, al que siempre habia visto eriazo y cargado de abrojos, siendo el único abundante de peñas espinosas, cuando en todos los demás de los contornos de México hay tantas flores en todos los tiempos del año. Pero qué mucho, era ya tiempo que suavizara en flores de santidad aquella tierra tan estéril y hasta entónces tan cargada de las malezas de la idolatria y demás culpas. Cortó el indio con mano trémula todas las flores que pudo acomodar en su manta, llamada en su idioma *tilma*, que era de ayate ó pita, y las presentó á la Señora, quien, despues de haberlas compuesto una á una con incomparable destreza en la manta de este siervo humilde, le mandó que se las fuera á llevar al dicho obispo y le dijera que estas flores eran las señas para que pusiera en ejecucion lo que le ordenaba, y que no las mostrase á otra persona alguna. Partió sin dilacion el indio para el palacio episcopal; y advertido de que no las enseñara á nadie ántes que al obispo, por más que le instaron los familiares del ilustrísimo á que les enseñase lo que llevaba en la tilma, no hubo forma de que satisfaciese á su curiosidad, hasta que puesto en presencia del obispo las mostró; y al extender la manta para darle las rosas, como descubriese parte de la pintura, atónito soltó la manta. . . .



Cayeron luego las rosas al suelo, cuyas hojas, entretejidas con la misma manta y no otros colores, formaron aquella portentosa imágen de nuestra Señora de Guadalupe de México. Pasmado de asombro quedó el indio Juan, hecho una estatua; mereciendo el honor de ser su alférez, y admirados tambien el obispo y sus familiares y demás circunstantes, la rindieron veneracion, sin poder contener sus lágrimas. Despues de recobrados un tanto, de los hombros de Juan Diego (hecho atlante de la Reina de los cielos) desprendió el reverendo Zumárraga, con la debida veneracion, la manta en que estaba estampada aquella efigie soberana, y la depositó en su oratorio el dia 12 de Diciembre de 1531, en que fué esta milagrosa aparicion, hasta que, por el gran concurso que acudia al palacio á venerar la imágen, se expuso á la veneracion pública en la iglesia catedral de México, en cuyo altar mayor estuvo hasta que se labró la ermita que está en la cumbre del cerro. Desde en tiempo del arzobispo D. Juan Pérez de la Serna (año de 1662) se pasó á la iglesia que está inmediata á la fuente-cilla aluminosa; y por último, el 1.º de Mayo de 1703 se trasladó al nuevo insigne templo en que hoy se venera, cuyo costo (\*) pasó de quinien-

(\*) Gaceta de México, escrita el año de 1768 por D. Juan Francisco de Sahagun y Arévalo.

tos mil pesos. Hallóse despues tan opulento, que su altar mayor costó noventa y ocho mil pesos, y la manufactura del trono de plata de la Virgen cincuenta y dos mil ciento diez y nueve pesos; y tiene tantas alhajas de lámparas y candiles, que pesan más de seis mil marcos de plata, y no es de omitir la reja del comulgatorio, que consta todo de barandillas de plata curiosamente labradas, y está perfeccionada y colocada de cruzía que ví fabricar, formada tambien de barandillas laboreadas con el mismo primor que las otras, todas de plata, que corren desde las gradas del altar mayor hasta el coro bajo. En estos años se fundó una colegiata en Guadalupe, cuyo abad, despues de varios disturbios, consiguió estar en posesion de su dignidad, saliendo con aire de este grave negocio, mi señor el ilustrisimo señor arzobispo de México D. Manuel Rubio y Salinas, en cuya compañía tuve la dicha de visitar y contemplar muy de espacio y de cerca, sin vidriera, aquel incomparable simulacro; y aunque no hay testimonios auténticos que nos afiancen las circunstancias de esta prodigiosa aparicion, por haberse perdido los monumentos de la antigüedad (que nos darian luz), ó porque, como es comun trabajo de los historiadores en la averiguacion de instrumentos antiguos, se vienen á rendir al peso por fin de la tradicion constante de aquellos



remotos tiempos, juzgo que la pintura de esta soberana imágen lleva consigo un testimonio de un milagro continuado que no necesita averiguaciones, porque no se ejecutó una sola vez el milagro, sino que cada día se aumenta en la conservación prodigiosa de una materia tan corruptible, ya por más de doscientos cuarenta y ocho años que han corrido desde que ó los ángeles ó la misma Señora la pintaron en un toscó ayate de indio miserable. Esta bellissima imágen, que representa al parecer una efigie pintada con todas las reglas del arte, está estampada en una manta de pita, cuya trama es muy rala y abierta, segun reglas totalmente desconocidas á los mejores profesores de la pintura, é infinitamente superiores á la industria humana. Fué pintada repentinamente, sin más colores que los que pudieron ministrar las flores con el tacto de las manos de Maria Santísima en la referida manta ó tilma, sin aparejo ó imprimacion alguna, y como han testificado los más eminentes pintores que, por orden superior, la han registrado, no está pintada al óleo sino al temple, circunstancia que hace más prodigiosa su permanencia por tantos años.

Muchos autores han escrito y predicado de esta prodigiosa aparicion de la Virgen de Guadalupe, de las grandezas de su santuario y de los muchos

milagros que para honrar á su Madre se ha dignado Dios obrar por medio de esta maravillosa imágen, por lo que omito descripciones largas de tantos portentos; referiré solo que ninguna ciudad se halla más favorecida y glorificada que la de México, por la inmediacion que tiene de aquel lugar dichoso, hollado por las sacrosantísimas plantas de la Reina de los cielos: desde que se apareció en el cerro de Tepeyac cesó totalmente la idolatría en la ciudad de México y todo su distrito. Es piadosa tradicion que en más de dos siglos y medio que há que se conquistó esta Nueva-España y que se dignó Maria Santísima, en el modo prodigioso referido, aparecerse, no hay energúmenos en toda ella y se ven sus habitantes libres de espíritus inmundos y malignos; piedad comun que se ha afianzado con muchos prodigios. El día 27 de Abril de 1737 juró la nobilísima ciudad de México por su patrona á esta Santísima Señora, y prometieron celebrar su fiesta en su iglesia y guardar su precepto el día 12 de Diciembre, todo á fin de lograr su patrocinio en la epidemia que padecia el reino; y no se engañó su confianza, porque desde luego se empezó á conocer la mejoría. Desde que en este hemisferio fué jurada por patrona, los temblores de tierra y los terremotos son más remisos. Defiende á aquella opulentísi-



ma ciudad de México de una repentina inundación que por instantes la amenazan las aguas de tres lagunas considerables que la circundan y dominan. La experiencia acredita este continuado y patente prodigio. Se ha extendido el culto de esta soberana imagen aparecida de nuestra Señora de Guadalupe, no solo en los principales dominios del Rey de España, sino en los de otros príncipes de la Europa. El intento de Maria Santísima cuando se apareció en México no se limitó á la proteccion de las Indias; pretendió tambien ampliar su patrocinio á la Europa y al orbe todo: así, todos los mortales (de cualquiera parte del universo que sean) que la han invocado en sus conflictos, la han hallado siempre propicia. Deseando publicar, á instancias de los mexicanos agradecidos, en la Europa, esta beneficencia de Maria Santísima por medio de la veneracion de su imagen de México, á fin de distinguirla de la de Extremadura, se erigió la Real Congregacion en Madrid para el culto de la imagen original bajo el titulo de nuestra Señora de México, por el año de 1740, cuyo lustre brilla con la especial proteccion del Rey reinante, quien se constituyó hermano mayor, vinculando este empleo para sí y para los señores Reyes sus sucesores. Son congregantes las personas más condecoradas de ambos sexos: tiene destinada una

capilla en la iglesia de San Felipe el Real, de Madrid, donde se estipularon entierros y honras para los congregantes. Se celebró en la corte de Madrid la primera fiesta de nuestra Señora de Guadalupe, á nombre de los mexicanos, en dicha iglesia, y se continúa anualmente la propia solemnidad con notable esplendor. El sermón se suele encomendar á algun padre indiano; y hallándome en la Corte, se me encomendó el publicar en mi patria las excelencias y glorias de la patrona de México, con especial agrado mio, en la iglesia de los reverendos padres Agonizantes, donde se celebraban por entónces los cultos de esta prodigiosa Virgen Maria aparecida, y ahora ha vuelto á solemnizarse el dia del Patrocinio de nuestra Señora su gloriosa Aparicion en su antigua capilla de San Felipe el Real. Seria desviarme notablemente del hilo de mi historia si hubiera de reducir á la pluma los prodigios de la Santísima Virgen de Guadalupe y lo que han escrito de singular tantos autores que se pueden consultar tocante á esta aparicion, á sus templos y cultos, que se han difundido en todas partes del mundo antiguo y nuevo, hubiera materia bastante para llenar muchos libros; solo si advierto, ántes de terminar este suceso maravilloso, que no debiera pintarse al Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga (á quien se apareció esta



divina Señora) con las vestiduras moradas, que son propias de los señores obispos consagrados, pues entónces no lo estaba el dicho venerable señor Zumárraga, sino solamente era obispo electo y hasta el año siguiente de 1532 fué á consagrarse á España.

### CAPITULO XXIII.

JUNTA PARA EL BUEN TRATAMIENTO DE LOS INDIOS Y EL  
MEJOR GOBIERNO DE NUEVA-ESPAÑA:  
VA A ESPAÑA EL ILLMO. SR. D. FR. JUAN DE ZUMARRAGA:  
PUÉBLASE JALISCO Y SU PROVINCIA:  
RELACION DEL CACIQUE PANTECATL EN ÓRDEN AL ORIGEN  
DE LOS INDIOS DE JALISCO Y DE SU RE-  
LIGION: CÓMO NUESTRO FUNDADOR FR. MARTIN DE JE-  
SUS DEJÓ LAS PROVINCIAS DE MICHOA-  
CAN Y JALISCO PARA IRSE A EMBARCAR A TEHUANTEPEC  
EN BUSCA DE NUEVAS GENTES IDÓLATRAS.  
AÑO DE 1532.

Hemos visto cómo la Reina Gobernadora ha-  
bia proveido otros jueces para la Audiencia Real  
de México, muy temerosos de Dios y integéri-  
mos, de modo que se reconocia en todo lo con-  
quistado de este reino cuántos bienes trae consigo  
la paz y la justicia. Por el admirable celo y cui-  
dado del Presidente Don Sebastian Ramirez de  
Fuenleal, Obispo de Santo Domingo, se habia